

Vicente Mengod

Matices en la obra de Gabriela Mistral



PARA muchas sensibilidades, la gloria de Gabriela Mistral tiene su razón de ser en aquellas rondas infantiles que sirvieran para acunar la gracia de muchos niños. Sin embargo, más allá de estos hallazgos poéticos su obra tiene matices personales, intransferibles. Y ello es así, porque sus voces de ronda se fueron colmando de mensajes filosóficos, de un bullir doloroso, de un eterno preguntar por las cosas presentes e inasibles.

Antes y después de las rimadas emociones de tipo infantil y maternal, rebullen problemas trascendentes. Los temas, cuajados de serenidad aparente, rezuman dolorosas angustias. Tal vez, los dos motivos fundamentales de su profesión poética oscilan entre los polos del morir y de un problemático renacer.

Desde el punto de vista filosófico y literario, interesa conocer la actitud de Gabriela Mistral respecto de la muerte.

Durante mucho tiempo se ha dicho que el temor a la muerte es un error, fácil de ser superado por obra y gracia de la razón. He ahí una postura, vital en su esencia, cuya demostración se ha intentado de maneras diversas. Unas veces, con inspiración socrática, afirmando que el morir es "un quedarse dormido", un paso a otra vida

llena de objetivos concretos. Otras, al estilo de Platón, demostrando la incompatibilidad del alma con la anulación. Sin olvidar la posición del epicúreo a quien no le va nada con el tránsito definitivo. Reflexiones, en suma, que pretenden suprimir el verdadero sentido biológico de la terminación de la vida.

El tema de la muerte extiende sus raíces en la obra de los grandes líricos. Con frecuencia, esta idea los ha inquietado, como un problema de belleza y perfección. Soñar en su muerte propia implica remontar el flujo de la existencia para volver a encontrar, en cada momento, el cielo de las leyendas, los primeros años llenos de presentimientos y adivinación. Ahora bien, la cifra espiritual de algunas hembras y de ciertos varones, tocados por la gracia poética, se proyecta por sendas muy distintas. Puede ocurrir que la vida, tan enraizada con su inevitable reverso, se lleve sin desesperación ni tragedia. Pero también es posible que la sensibilidad se goce en la ineludible tarea de alumbrar la muerte.

En el primer caso, se produce un lirismo de curvas y de equilibrios armónicos. Y en el segundo, los acentos elegíacos adquieren tornasoles de filosófica tristeza. Los dardos que los vates encienden y lanzan sobre sus cielos poéticos tienen una luz inconfundible.

Como es sabido, el alemán Novalis llevó a sus obras la visión de la flor azul, símbolo místico, cifra de la muerte, con sus vinculaciones de vida y esperanza.

Años más tarde, Rainer María Rilke versificó esta posibilidad, diciendo que dos seres, el hombre y la mujer, vieron florecer en su jardín un extraño arbusto. De sus hojas negras y agudas había salido intacta una flor de color azul pálido. Y entonces dijeron con angustia: "¡Ahora florece la muerte!"

Se inclinaron para aspirar el perfume de la nueva flor. Y desde esa mañana, todo se tornó distinto en el mundo.

¿De qué forma Gabriela Mistral hace suyo el problema de la muerte?

Creo que una de las claves se halla en su poema titulado "La muerte niña". En una serie de fáciles estrofas ha glosado el tema lí-

rico por excelencia. Y nos dice que la muerte nació “como pichón de cría, pequeña, fácil de ser anulada”. Después creció, balanceándose como un junco. Cuando fué adulta, la carne del hombre aprendió su agonía. Es decir, la muerte, salida de una cueva, se hizo grande, y ya nunca más podría morir. La Tierra adquirió su gesto actual. El tema de la flor azul se trenza en las frondas estéticas de Gabriela Mistral.

En otra oportunidad, eleva su canción por “las muchachas muertas en abril”, por las hembras que todavía esperan la voz de un amante. Aunque las sabe opresas en la tierra generosa, insiste en decirnos que “toman cuerpo en las nubes”, que “sonríen en las rosas”. Esta idea es la misma que fuera insinuada en su interrogación sobre los suicidas. Las rosas florecidas en la tumba, “copian formas de herida”. Hay, pues, en esta poesía influencias de Tagore y de Juan Ramón Jiménez. Un mismo anhelo de transustanciación rebulle en las estrofas de los dos varones y de la hembra iluminada. Para unos, el amor canta en los verticilos florales. Para Gabriela Mistral, la muerte asciende como una emanación, copia su silueta, dibuja formas de herida y toma cuerpo en las nubes.

En los poemas dedicados a la muerte de su madre hay una reiteración de que el morir es “un quedarse dormido”, con los sentidos despiertos, con la intención de echar a andar por los caminos de la tierra. Gabriela Mistral siente próxima a su madre, la lleva consigo, aunque no la ve. Con ella transita por el rosario de los cerros. De pronto registra un prodigio. Observa que la realidad muerta se ha disuelto con niebla en las montañas, y se ha convertido en paisaje de cien brazos.

Desde que el hombre primitivo tuvo la desgracia de soñar en los muertos, el tema del más allá se convirtió en el gran problema de la naciente metafísica existencial. Sin embargo, muchos seres viven al margen de tales problemas; porque hay en ellos una natural capacidad de olvido. La muerte es algo que le acontece a la vida, para llegar hasta sus planos más profundos y significativos.

Gabriela Mistral perteneció al grupo de personas que seguían

viendo en la realidad viva las formas líricas de la muerte. Y estas formas pueden darse en un paisaje, son "como una lengua y un oficio".

En su composición titulada "Vieja", describe la presencia de una mujer de ciento veinte años, "más arrugada que la Tierra". Un ser al que se le olvidó el morir inolvidable. Como es lógico, al servirle, han de contarle fábulas. Si la tocan, le infunden alientos juveniles. Pero la poetisa quiere que la vieja tome la muerte de manera lúcida. Y para ello habrá de contársela hasta que la oiga y se la aprenda. Después ocurrirá el milagro terreno. Porque esa muerte será sembrada, "como se siembran el maíz y la lenteja". Tal vez se produzca un mortal florecer.

La fama de Gabriela Mistral nace de aquellos sonetos que fueran premiados en los Juegos Florales de 1914. En sus estrofas está el germen de una idea, casi filosófica, desarrollada posteriormente de una manera instintiva. Con obstinación repite que la muerte es un sueño sin fatiga. El renacer se materializa en un paisaje. La culminación puede alcanzarse en forma de anillos luminosos, en medallones ensartados en un rayo de gloria frente a Dios.

La lira de la poetisa chilena pulsa notas descriptivas, se remansa en los ámbitos de la ternura, pero se hace vibrante y personal cuando se dedica a contar su amor, y cada vez que discurre por los predios del quedarse dormido.

El tema de la muerte está vertebrado en su obra. En una cueva nació la muerte-niña. Y la Tierra hubo de consentirlo. Desde entonces vaga por el mundo. Es necesario aceptarla, a la manera filosófica de Sócrates, con un romanticismo, no enfermizo, sino cuajado de equilibrio. Quizás por esta razón, en muchas efusiones vivas de Gabriela Mistral hay pinceladas mortuorias, metáforas rezumantes de necrofilia, pero concebidas de manera natural, porque la muerte es algo que le acontece a la vida. Nada más sencillo que vivir muriendo, nada tan natural como evocar la posible danza de la muerte, preguntando por los "dormidos", por los "ausentes", tal como lo hiciera Amado Nervo en las estrofas de su "Amada Inmóvil".

¿Los muertos trenzarán sus rondas en las playas de lejanos paraísos?

Para esta alucinante interrogación, Gabriela Mistral no halló respuesta en su largo peregrinar poético.

* * *

La filosofía o postura mística de algunos seres está enraizada con las plurales vertientes del idealismo. Así es, en efecto, porque las hembras y los varones tocados por la gracia y desgracia místicas conceden más importancia a las ideas que tienen de las cosas que a las cosas mismas. Con frecuencia, desdeñan la realidad de los objetos exteriores, ya que su mundo verdadero sólo pertenece a la conciencia.

Podría decirse que el idealismo y el misticismo proceden de Platón, de aquel hombre que defendiera la existencia de las ideas previas. De ser ciertas las intuiciones platónicas, habría que aceptar plenamente que los seres humanos viven, antes de nacer, en bellos lugares habitados por dioses. Allí el alma goza con la vivión directa de Dios.

Pero he ahí que en tan idílicos lugares galopan dos caballos que arrastran a las almas. Uno de ellos es blanco, y otro negro. El primero simboliza las aspiraciones puras. El segundo representa los apetitos groseros. El alma es derribada, resbala a la tierra, se produce el nacimiento. Después vendrá el recuerdo de aquellas ideas adquiridas en tan evanescentes paraísos.

Platón pudo haber dado en el blanco de las humanas inquietudes. Tal vez se haya equivocado al sentar las bases de su sistema filosófico. Sin embargo, la experiencia vital, el fluir de algunas existencias místicas revela un hecho concreto, aunque recamado de idealismo: Ciertos espíritus señeros sienten palpitar en su sangre la idea de Dios, es decir, sienten tan próxima la divinidad que galopan tras su huella, esperando alcanzarla en algún escondido reducto, tal vez

en la más interior de las moradas, tal como lo insinuara Teresa de Jesús.

Allí el alma y Dios se unen, celebran místicas nupcias, entre aureolas de dulcísimo éxtasis, después de haber superado las vías purgativa, iluminativa y unitiva. El alma con la sola mirada de Dios queda embellecida.

Pero es necesario aclarar la siguiente realidad psicológica. El místico busca a Dios de una manera tan directa, personal y urgente, porque en su conciencia rebulle, clara y nítida, la idea previa, tal vez recogida en aquel peregrinar anterior a la vida de que nos habla Platón.

Ahora bien, los seres humanos de curva sensitiva normal sólo conservan en su mente una dulce reminiscencia divina que guía sus pasos; pero que no los atenaza con supremas ansias. Estos hombres y estas mujeres no son "los elegidos". Constituyen, más bien, "la sal de la tierra", forman el conjunto de humanidad doliente y vulgar.

Ser místico entraña sutiles delicadezas de espíritu. Delicadeza que, a veces, se empaña, y tuerce el camino de los hombres. Por eso, en la poesía de todos los tiempos, los verdaderos místicos pueden contarse con los cinco dedos de una mano. Los malogrados forman legión, porque su alma se les fue cubriendo de arcilla. Y Dios, real y tangible, no quiso entregarles su presencia luminosa, su hontanar de poesía.

¿Gabriela Mistral ha sido una poetisa mística?

Me atrevería a decir que no hay una sola estrofa en su poesía en donde palpiten las ansias unitivas de un San Juan de la Cruz.

Gabriela Mistral ha superado esas etapas preliminares. Diríase que su fino oído ha escuchado la voz divina sin darle importancia, como si el diálogo entre la arcilla y el espíritu fuera normal, algo que se da en los habituales repechos del vivir. Con máxima naturalidad le habla "al oído de Cristo". A veces evoca las delicias de "una memoria divina", a la manera de Platón. Y nos dice que fue viajera por un país en donde el alma eterna no perdía. Pero las bellezas

halladas se le desvanecieron. Sólo recuerda que durmió tranquila sobre su hermosura, “bebiendo sin temor en su dulzura”.

Le habla a Dios directamente para contarle sus amores terrenos, para decirle que todo su camino se llenó de sombras. Su ruego no tiene las delicuescencias idiomáticas de los místicos, sino la fuerza de quien sabe que su existencia justifica la forma del más alto existir:

*Ahora que llego, huérfana, tu zona por señales
confusas rastreando,
Tú no esquives el rostro. Tú no apagues la lámpara,
Tú no sigas callando.*

Estimo que la culminación poética de esta estrofa rebasa las áreas del misticismo. Tal vez, su problemática religiosidad rezuma aromas silvestres, dulzuras y asperezas, humildad y vigorosa altanería, entereza de un espíritu cuajado en su plenitud.

Si alguna vez entona un padrenuestro, no la hace con falsa humildad, sino para reclamar lo que le es debido:

*¡Padre Nuestro que estás en los cielos;
por qué te has olvidado de mí!*

La poesía de Gabriela Mistral, no obstante su pasión soterrada, se intelectualiza. En los estratos sonoros de sus versos, que provocan efectos estéticos, Dios discurre con paso firme, como si estuviera al alcance de la mano. En cambio, los poetas místicos viven dolorosos sobresaltos. Cuentan la vida de Dios, pero no conversan con El. Y aseguran, con reiteración, que lejos de nuestro yo superficial hay otro yo profundo, de la misma manera que más allá del universo accesible a los sentidos existe otro mundo, también real, oculto a los ojos de nuestra percepción. Para ellos, todo es alusivo. Por eso, su lenguaje ha de ser esencialmente metafórico, lleno de simbologías. En Gabriela Mistral las metáforas no abundan, porque su concepción de la vida no las exigía.

Se ha dicho que el punto culminante del misticismo es el éxtasis. Entonces se interrumpe toda comunicación con el mundo exterior. El alma tiene la impresión de comunicarse con Dios. He ahí un efecto de la gracia divina, un delicado tránsito luminoso.

Gabriela Mistral jamás pierde su contacto con la tierra, con sus realidades íntimas y cotidianas. Su voz se hace ronca, varonil, creando un estilo poético marcado con un sello inconfundible.

Para hablar del misticismo de la poetisa chilena hemos de admitir la existencia de un original estilo místico, de una postura vital y poética fuera de lo establecido.

Sabido es que la lírica de San Juan de la Cruz se caracteriza por un voluntario esfuerzo en procura de la divinidad, aspirando a lo trascendente mediante un sencillo revolar a través de las cosas. En cambio, Gabriela Mistral no se plantea tales problemas. Y no por falta de religiosidad, ya que la suya era entrañable. Le basta con rogar para dar validez al diálogo, para tener el convencimiento de que sus palabras han de ser oídas, puesto que a Dios lo lleva y lo siente en su corazón, lo adivina en la invisible mano que briza la cuna de los niños.

De esta forma sus sentimientos los convierte en poesía. Pocas veces se dedica a meditar poéticamente sobre ellos. Quizás sea interesante indicar que este segundo aspecto, a veces valiosísimo en los poetas inteligentes, tiene el peligro de convertirse en fraude poético.

Su lenguaje, a fuerza de ser directo, alcanza la perfección de un lenguaje ordinario. Y su poesía llega a ser escuela de estilo.

No cabe duda de que puede hacerse poesía con la mayor austeridad en el uso de metáforas y de bellezas verbales. Y de la misma manera, sin ceñirse a una postura filosófica, es posible llegar al más alto grado de exaltación, a un misticismo de suma llaneza.

Estimo que juzgar a Gabriela Mistral con los cánones del áureo misticismo es un error psicológico.

Su voz, de acentos originales, y las resonancias bíblicas de su angustia la situaron, desde un comienzo, en áreas de excepción. Dios sube con ella hasta las altas cimas para escuchar sus ruegos y sus

preguntas. Y también con ella desciende a los llanos para mostrarle su infinita ternura.

Con frecuencia, en su misticismo hay reminiscencias carnales. Líricamente enamorada de un cuerpo dormido, hubiera querido, antes de la ronda definitiva, disputar su puñado de huesos, hablarle de amor durante una eternidad.

La gloria de Gabriela Mistral tiene sus razones de ser en los ecos de un misticismo realista, en una postura varonil frente a la muerte, en un sensualismo amoroso escondido entre paramentos estéticos, sensualismo que rebrota como canción de cuna y ronda infantil.

